





[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

© 2015, María Fernanda Heredia

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-760-3

Derechos de autor: 04774

Depósito legal: 005415

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2015

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Marzo 2017

Cuarta impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Roger Ycaza

Corrección de estilo y actividades: Gabriela Tamariz

Diagramación: Ramiro Jiménez

Supervisión editorial: Mauricio Montenegro

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

# Un verano con los Villanos

María Fernanda Heredia

Muestra  
promocional

Prohibida  
su venta

© Santillana



loqueleo



*A Manuela y a Juan Xavier Villacís,  
con quienes escribí esta historia.*

# Índice



La buena noticia .....	11
Los preparativos .....	17
La boda .....	25
El reencuentro .....	33
El caballo .....	37
Apuntes del cuaderno de verano	
Día 1 .....	45
Apuntes del cuaderno de verano	
Día 2 .....	49
Apuntes del cuaderno de verano	
Día 3 .....	55
La bienvenida .....	59
La noche .....	65
Boby .....	73
Apuntes del cuaderno de verano	
Día 6 .....	81

Apuntes del cuaderno de verano	
Día 7 .....	85
Apuntes del cuaderno de verano	
Día 8 .....	89
Los fantasmas .....	97
La cosecha .....	107
La villana .....	117
Apuntes del cuaderno de verano	
Día 13 .....	125
Apuntes del cuaderno de verano	
Día 14 .....	131
Apuntes del cuaderno de verano	
Día 15 .....	133
El oso .....	137
Aserrín .....	141
Ramón .....	151
La despedida .....	155
A la Policía Nacional .....	165
Biografía .....	167
Cuaderno de actividades .....	169

## La buena noticia



Nunca se sabe cuánto puede durar una sonrisa. 11  
 A veces, dos segundos, como un estornudo. A  
 veces, diez minutos, como un largo abrazo.

Aquella tarde, a Pedro la sonrisa le duró  
 muy poco. Llegó a casa y gritó:

—¡Al fin vacaciones!

Su perro Aserrín saltó de emoción. Aunque  
 los perros no entienden algunas frases en espa-  
 ñol como «deja de comerte el control de la tele»  
 o «¡ese es un zapato elegante de mi mamá, no  
 un juguete para perros!», lo que sí entienden  
 perfectamente es la sonrisa de su amo.

Pedro y Aserrín sonreían y movían la cola...  
 bueno, Pedro solo sonreía.

Las vacaciones eran una buena noticia por-  
 que, aunque Pedro era un buen estudiante (con

medalla, diploma y cuadro de honor), el colegio era un lugar donde él se sentía solo (sus compañeros no le perdonaban la medalla, el diploma ni el cuadro de honor).

—¿Escuchaste, mamá? ¡Al fin vacaciones!

Aurora, la madre de Pedro, caminaba de un lado a otro.

12 —¿Pasa algo, mamá?

—¡Sí, que mañana es la boda!

—¿Qué boda?

—¿En qué planeta vives, Pedro Pérez Sevillano? —Ella siempre lo llamaba por su nombre y dos apellidos cuando se ponía seria—. Llevo todo el mes repitiendo como una lora que tu tía Lola se casa y que tú llevarás los anillos. Mañana salimos para San Vicente a las nueve de la mañana.

—¿Boda? No me dijiste nada. ¡No quiero ir a ninguna boda! ¡Tengo alergia a las bodas!

En realidad, Pedro era alérgico al polvo, al polen, a los ácaros, al pelo de los gatos, etc., y, cuando había algo que su cuerpo rechazaba (como el hecho de llevar los anillos en una

boda), él pensaba que ese rechazo debía ser un nuevo tipo de alergia.

Pero su mamá lo ignoró. Estaba demasiado ocupada guardando en la maleta lo necesario para la gran celebración.

La boda de la tía Lola era un acontecimiento importante en la familia, ¡casi un milagro! Tenía 32 años y nunca había tenido un novio. Eso no se debía a que tuviera la simpatía de un león hambriento o la belleza singular de una bruja con verruga en la nariz, ni el aliento refrescante de un perro. No, nada de eso. El «grave» problema de la tía Lola era que medía 1,82 metros y nadie en el pueblo (ni siquiera los jugadores de baloncesto de San Vicente) era más alto que ella.

Por suerte un día apareció Steven (que tampoco era más alto que Lola, pero a él lo de la estatura le importaba un rábano) y cayó rendido ante sus encantos.

Steven era un norteamericano rubio, de ojos azules y blanquísimo. Bueno, blanquísimo es un decir, porque, cuando salía al sol, se le po-

nía la cara colorada como una guinda. Y, por las noches, cuando bajaba la temperatura, Steven se ponía azul del frío. Y, cuando sus futuros cuñados (los hermanos Sevillano) lo invitaban a tomar chicha de maíz, el pobre Steven se ponía verde.

14 Que la tía Lola se casara con un norteamericano era toda una novedad en un pueblo donde nadie era tan blanco ni tenía los ojos azules, y donde los únicos rubios eran los hombres y mujeres que usaban el tinte Rubio Madonna de la marca Transformer Style, que no dejaba el cabello rubio sino color calabaza.

Reunir a toda la familia Sevillano no fue tarea fácil. La mayoría de ellos vivían en San Vicente, y el resto entre Playaverde y San Francisco de los Geranios (donde vivía Pedro). Y, bueno, estaba el tío Gerardo, que nunca confesaba dónde vivía, pero debía ser un lugar sin peluquerías, porque llevaba la barba y el cabello larguísimos y enredadísimos.

Los Sevillano eran parranderos por naturaleza y armaban fiestas en cada cumpleaños,

bautizo, primera comunión, boda, divorcio, reconciliación... Incluso una vez organizaron una gran parranda cuando al bisabuelo le pusieron su primera dentadura postiza. El pobre había pasado más de dos años sin dientes, comiendo puré y tomando sopas, hasta que al fin llegó al pueblo un odontólogo que le hizo una dentadura a su medida.

Las reuniones familiares tenían lugar en la hacienda Los Volcanes. El primer piso de la casa se convertía en gran salón de baile y comedor, y el piso de arriba se llenaba de camas, colchones, bolsas de dormir, almohadones, mantas, etc. para que todos los familiares que llegaban de lejos pudieran acomodarse durante los días que duraban las fiestas.

Pedro, su papá y Aserrín odiaban las fiestas de la familia Sevillano. Los tres (padre, hijo y perro) eran tímidos y preferían el silencio y la tranquilidad antes que bailar haciendo trencito.

Pero Aurora ya había tomado la decisión: irían a la boda y punto.

## Los preparativos



Pedro echó un vistazo a la maleta que yacía en el piso y se dio cuenta de que por el tamaño y el peso parecía que el viaje duraría dos años.

—Si solo vamos a la boda, ¿por qué has guardado cuatro pijamas, quince calzoncillos y cinco goteros para las alergias?

—Te tengo una sorpresa.

Pedro se puso a temblar. Cuando su madre decía «te tengo una sorpresa», las posibilidades eran infinitas. Bien podía significar «te tengo una sorpresa... una bicicleta nueva» o «te tengo una sorpresa... te he matriculado en clases de cómo hablar en público».

—¿Qué sorpresa?

—A tu tío Juano se le ha ocurrido una idea genial: después de la boda te quedarás a pasar las



vacaciones en la hacienda. Serán apenas unas semanas, pero ¡podrás jugar y compartir con tus primos!

A Pedro le daba rabia cuando su madre hablaba así, como si todo fuera tan fácil: «Jugar y compartir con tus primos», «Jugar y divertirse con este nuevo amiguito», «Jugar y reír con el hijo del vecino».

Para un niño tímido e hijo único como Pedro, «jugar y divertirse» con alguien era una tarea casi imposible. Cuando llegaban visitas a casa, y por desgracia esas visitas traían a su hijo, Pedro ya sabía que la pesadilla había comenzado cuando escuchaba: «Pedro, lleva a tu amiguito a tu cuarto e invítale a jugar contigo».

Y entonces Pedro y el «nuevo amiguito» lo único que tenían en común era que odiaban a sus padres por someterlos a esa forzada tarde de estrés y aburrimiento entre dos desconocidos.

—¡Yo no quiero pasar vacaciones con mis primos, mamá! ¡No quiero un verano con los Villanos!

Los Villanos era la manera «cariñosa» como Pedro identificaba a sus primos Ramón y Catalina Sevillano, precisamente aludiendo a su apellido. Ellos vivían con sus padres y abuelos en la hacienda Los Volcanes. Si una persona hubiera tenido que definir a Ramón y a Catalina de una manera amable, esa persona habría dicho que eran unos pilluelos traviesos, pero Pedro los definía como unas alimañas de mala sangre.

—La decisión está tomada —dijo Aurora mientras caminaba de un lado a otro—. Serán solo unas semanas. Lo pasarás bien. Ya lo verás.

—Pero, mamá, los Villanos muerden, pegan, patean, escupen, insultan, dicen palabrotas, golpean con palos, lanzan zapatos, empujan, dan sopapos, pellizcan y más cosas horribles.

—No exageres. Deberías llevarte bien con ellos, como si fueran hermanos.

—Mamá, si los hermanos fueran como los Villanos, yo querría ser hijo único.

—Eres hijo único.

—Sí, gracias, y así quiero seguir.

A Pedro se le ocurrió entonces otra idea. Su mamá era la típica señora nerviosa y estresada que cada mañana, cuando Pedro salía a la escuela, le decía: «No hables con nadie en la calle. Si te persigue un perro, lánzale el sándwich que llevas en la mochila. Ten cuidado con tropezar cuando bajes del autobús. Si de todas maneras tropiezas y te lastimas, ponte alcohol para que no se infecte la herida. No hables con extraños. Si se te acerca alguien sospechoso, grita. No comas porquerías en la calle porque puedes enfermarte de hepatitis. Y bueno... que te vaya muy bien, hijo, y que seas muy feliz».

Por todo eso Pedro volvió al ataque:

—Está bien, mamá. No digo que mis primos sean malos, pero a ellos les gustan los juegos bruscos y podrían darme un golpe ¡y sacarme un ojo o una oreja!

—No importa, Pedro. Tienes dos orejas y dos ojos.

—¡Pero, mamá! Mis primos no se lavan nunca las manos. Podrían contagiarme bac-